UN ARTÍCULO INÉDITO DE ARTIGAS [1]

«Aunque la ciencia no tenga patria, la tienen los hombres que la cultivan, y nunca medra mucho un pueblo que tiene que vivir de ciencia importada, a cuya elaboración él no contribuye, porque la conciencia de su propio atraso se lo veda.»

Estas palabras de Menéndez Pelayo, que fué, en el siglo pasado, el despertador de la conciencia científica nacional y sus notables trabajos de reivindicación, han sido y siguen siendo en España la bandera de una Escuela que contra todos los pesimismos decadentes ha logrado afirmar y renovar el sentido nacional; en muchos aspectos la obra de Menéndez Pelayo puede compararse a los *Discursos* de Fichte, que tanto contribuyeron a levantar los ánimos de Alemania.

Desde muy antiguo, desde los tiempos en que España tuvo contra su imperio la opinión de gran parte de Europa, fué un lugar común negar o desfigurar la aportación española a la obra de la cultura en el mundo. Esta enemiga contra España culminó en la famosa pregunta de la *Enciclopedia* francesa: *Que doit on a l' Espagne? Et depuis deux siècles, depuis quatre, depuis dix, qu' a-t-elle fait pour l' Europe?*

Esta pregunta no quedó sin respuesta adecuada y justa, y fué precisamente en una Memoria o Discurso leído en la

[1] *Nota de la Redacción.*—Estas cuartillas, sin título alguno, que se encontraban en la mesa donde trabajaba D. Miguel Artigas en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, debió escribirlas en 1938, durante su estancia en Santander, y con el propósito de leerlas en conferencia pública.

Academia de Berlín el 26 de enero de 1786 por el sabio italiano el Abate Denina, donde se respondió, con brío y con copia de datos, a tan impertinente cuestión. Resucitado más tarde el problema se han amontonado tal cúmulo de datos y de pruebas en defensa de la aportación española a la obra de la cultura del mundo, que no un simple artículo, sino varios volúmenes, pueden llenarse con ellos.

Más que una aportación nueva, más que un resumen de la actividad cultural de España, serán las líneas que siguen una revisión panorámica y una a modo de fijación de puntos esenciales: un esquema.

Los trabajos modernos sobre la Prehistoria de la Península ibérica son tantos, y tan notables y conocidos los descubrimientos, que basta citar el nombre de la Cueva de Altamira para demostrar que en aquellos remotos y oscuros tiempos florecía en España un arte realista magnífico que aún hoy es la admiración de los artistas y de los hombres de ciencia. Publicaciones recientes de especialistas han hecho luz suficiente sobre estas manifestaciones artísticas primitivas en éste y en otros numerosos descubrimientos.

También de las influencias de los fenicios y griegos han quedado muestras en muchos de los territorios, donde estaban asentadas las viejas colonias, y cada día, sobre todo en los últimos años, se han hecho excavaciones de gran interés científico y artístico.

Situada España en el extremo occidental de Europa entre los dos mares, Mediterráneo y Atlántico, y frente al Continente africano, los atrevidos exploradores conocieron pronto las riquezas naturales del país, que fué visitado por exploradores y negociantes, que establecieron pronto un intercambio comercial. Hasta en la Biblia hay un eco de las riquezas y del tráfico de las naves, y la misma Mitología situó en el sur de España el escenario de sus creaciones. Todavía no está clara la cuestión de la Atlántida.

En tiempos ya históricamente documentados deja de ser España pronto tierra de colonias y de mercados para convertirse en una provincia romana, con una cultura y una civilización romanas, pero que recoge y salva precio-

sos elementos de los pueblos aborígenes. Es más, en lo que se llamó edad de plata de la literatura romana, los principales y más originales de sus escritores, como Lucano y los Sénecas, eran españoles.

Y no eran sólo los literatos y filósofos españoles los que influían en Roma. En todas las clases sociales descollaban notablemente. Hubo bien altos dignatarios y hasta emperadores españoles, como Teodosio, Adriano y Trajano.

Séneca, espíritu fuerte y sutil, fué acaso el pensador más original de Roma; y el senequismo arraigó tan fuertemente en el alma española, o el filósofo español supo dar vida tan eficaz y duradera a sus ideas, que aún hoy el nombre de Séneca es en España sinónimo de sabio. Sabido es que en la Edad Media continnó esta influencia de Séneca de tal modo, que llegaron a confundirse sus escritos con los de algún santo moralista español.

La romanización de España fué casi absoluta y hasta el primitivo o los primitivos idiomas hicieron acatamiento a la lengua latina. Los restos romanos, que a cada paso se encuentran en España, son numerosos y los descubrimientos en este orden innumerables.

Una nueva fuente de vida espiritual vino a mantener viva y a fecundar la civilización y la cultura española. No es seguro, ni se sabe precisamente cuándo empezó la predicación del Cristianismo en España; pero parece cierto que alguno de los Apóstoles o discípulos de los Apóstoles fueron los primeros en extender estas doctrinas en la Península. La romanización preparó el terreno y por eso es verdaderamente asombrosa la rapidez e intensidad de su propagación. Los nombres de los poetas Juvenco y Prudencio en el siglo IV, son una muestra de cómo el idioma y el arte latino pudieron ponerse en servicio, muy pronto, de las nuevas ideas.

La inmigración de los Visigodos en España puso aquí en contacto a los dos pueblos, germanos e hispano-latinos. Ya entonces, en el siglo V, los pueblos del Norte que entraron en España, tenían conocimiento y profesaban el cristianismo en alguna de sus sectas o ramas. Tras algunas

luchas entre los hispano-romanos y los germanos en el último decenio del siglo VI, se celebra el III Concilio Toledano y el Rey Recaredo hace la solemne unión religiosa de los dos pueblos.

Esta convivencia y fusión tuvo gran importancia en la cultura y civilización. Modernas investigaciones y estudios como los *Monumenta Germaniae Historica* y el *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum* de Viena, han derramado abundante luz en este período de la historia española.

En el siglo siguiente, VII de la era cristiana, da sus frutos esta fusión latina-germánica y es entonces cuando aparece el gran español Isidoro de Sevilla, que en sus numerosas obras viene a ser el testamentario y difusor de la cultura romana durante cuatro siglos. Sus *Etimologías* son una especie de enciclopedia que manejaba el mundo culto de las escuelas en los días tristes que sucedieron a la caída del imperio romano. Gracias al *ardente spiro d' Isidoro*, como decía el Dante, no se apagó del todo la lumbre de la cultura antigua en la Europa Occidental.

A comienzos del siglo VIII desaparece el reino visigodo ante la invasión de los árabes, que durante siglos vivieron en tierra española, en guerra, es cierto, pero con largos períodos de paz y de tratados, que dieron ocasión a que la cultura hispano-romana y la cultura árabe se influyesen mutuamente. La literatura mozárabe y el arte mudéjar fueron creaciones de la convivencia de árabes y cristianos.

Después de la conquista de Toledo esta convivencia se convirtió en verdadera colaboración, y es de notar la trascendencia que para la cultura europea tuvo lo que se ha llamado después el Colegio de Traductores de Toledo, que introdujo importantes textos árabes en el acervo de la cultura europea. Dominico Gundisalvo y Juan Hispalense extendieron así los textos de Avicena, Algacel, Avicebrón y otros varios. Se traducían primero los textos árabes en lengua vulgar, que después se escribían en latín escolástico, y se divulgaba en todas las escuelas europeas el pensamiento griego a través de los árabes. A esta escuela o colegio acudieron también extranjeros: ingleses, italianos y

el conocido Herman, el alemán. Esta empresa, trasmisora de la ciencia oriental a Europa, se continuó más tarde con más intensidad, por Alfonso el Sabio, y a semejanza de Toledo se fundaron colegios de traductores en Sevilla y Murcia. Munk y Renán han estudiado, con gran copia de datos, la filosofía arábigo-española y han hecho destacar la figura gigantesca de Averroes, cuya influencia en el aristotelismo escolástico ha sido estudiada en Alemania por Werner y en Italia por Florentino, principalmente. La erudición moderna ha sabido analizar y estudiar este movimiento de ideas extraordinario de la España Medieval, en la que surgió, como ya dijimos, el metafísico Domingo Gundisalvo, que con su sistema da un valor filosófico a la labor de los traductores de Toledo, merced a la cual el pensamiento alejandrino se filtra en la escolástica y es fuente, por una parte, de las herejías varias de aquel tiempo, y aviva, por otra, los sistemas ortodoxos de Alberto Magno, de Tomás de Aquino y de Escoto.

En la importantísima publicación *Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittel alter*, se han publicado muchos tratados de este período oriental español.

Al lado de los árabes es preciso poner a los pensadores judíos españoles, cuya histórica evolución ha sido reconstruída en las obras de Munk, de Geiger, de Guggenheim, de Benedetti y otros que nos han dado a conocer el pensamiento de Gabirol, Judá Leví, Maimónides y de los escritores de la Cábala.

Pero no era España en la Edad Media solamente trasmisora, fué creadora también de sistemas y de pensamientos originales, como el *lulismo*, que tomó su nombre del mallorquín Raimundo Lulio, y cuya influencia, muy grande en su tiempo, se ha trasmitido hasta las obras de los nominalistas modernos. Un filósofo español más, que ha logrado fama y renombre, gracias, sobre todo, a la traducción y comentarios por Montaigne de su libro *Teología Natural* o *Libro de las Criaturas*, que es considerado como uno de los antecedentes y precursores de Descartes.

De esta ligera enunciación resulta claro que tanto en

los tiempos anteriores a la historia documentada como en los de las repercusiones de las civilizaciones griega y latina, en ésta sobre todo, España ha contribuído indudablemente a la cultura del mundo. Los restos arqueológicos y artísticos de las edades prehistóricas y las excavaciones cada día más numerosas y hechas con mayor rigor científico, son una prueba de que España supo no sólo asimilar los elementos culturales de otros pueblos y razas, sino que, además, supo poner en ellas el sello propio de su carácter. La cultura y civilización romana está patente, sobre todo, en los escritores hispano-romanos, que convierten a España en una prolongación de la historia de Roma. Y es Isidoro de Sevilla el último representante de esta cultura, el que mantiene viva su influencia en la primera Edad Media.

Asimiló también ricos elementos de las gentes germánicas que vinieron a nuestro suelo.

La guerra de la reconquista tuvo tan absorbidos y ocupados los pensamientos de los españoles y tan alejados de la comunicación del resto de Europa, que el Renacimiento, con sus nuevas ideas, tardó algo más que en Italia en sentirse en España, aunque nunca faltaron hombres de ingenio y erudición que participaran de este movimiento moderno. El Dante es conocido, imitado y traducido en la primera mitad del siglo XV, y en la corte aragonesa de Alfonso V encuentran protección real humanistas italianos, como el Panormita, Lorenzo Valla y Jorge de Trebisonda.

Termina la Edad Media española y comienza la moderna en los últimos años del siglo XV con la conquista de Granada y el fin de la Reconquista.

No es preciso insistir en la importancia que para la cultura occidental tuvo esta guerra de siglos. En las varias invasiones que España tuvo que contener, libró a Europa de caer bajo el dominio árabe que le amenazaba. Expulsados del territorio peninsular los árabes, una nueva y trascendental empresa comenzaron los españoles: completaron el mundo con el descubrimiento y colonización del otro nuevo. Sólo este hecho, el más importante en la historia

moderna, bastaría para ser la gloria y orgullo de una nación. Fué idea de un genovés italiano, que, haciéndose eco e intérprete de un vago presentimiento generalizado tiempo hacía, se lanza a descubrir nuevas tierras, o más bien por un error de cálculo, a encontrar un camino más corto para las tierras de Indias; pero fué España, que acababa de salir de su gran empeño de la Reconquista, el pueblo que tomó sobre sí tan magna empresa y le dió un aspecto y un carácter de obra civilizadora. Las consecuencias que el descubrimiento y colonización de América trajo para la cultura universal, fueron trascendentales, y los españoles, con ocasión del descubrimiento, trasformaron viejas ideas y enriquecieron el contenido y los términos de los conocimientos humanos, que hubieron de aplicarse al nuevo objeto que se presentaba ante sus ojos.

La navegación, la geografía, la astronomía, el derecho, los conocimientos lingüísticos y de las ciencias naturales, encontraron nuevos problemas y nuevos ideales. El espíritu de misión, el afán de civilizar a las nuevas gentes, despertó un celo extraordinario y constante.

Los Reyes, para regular las relaciones jurídicas y sociales de sus súbditos del Nuevo Mundo, aprovecharon el saber y la prudencia de sus Universidades y de sus hombres de ciencia, y con las *Leyes de Indias* levantaron los españoles de entonces un ejemplar monumento de justicia.

Es cierto que en España preocupaban entonces, sobre todo, los problemas del espíritu, y que la teología era la ciencia de las ciencias; pero las ideas fundamentales de la Teología católica, aplicadas a los problemas que el descubrimiento traía consigo, obligaron a resolver otros problemas más inmediatos o no tan apartados de la vida y realidad histórica. Un teólogo español, el P. Vitoria, en sus famosos tratados estudió moral y jurídicamente el derecho de conquista y los derechos de los indígenas americanos, y estableció las normas fundamentales del Derecho de gentes o Derecho internacional antes que Grocio escribiese sobre este asunto.

Entonces, en los últimos años del siglo XV y principios

del XVI, comienza la que se llama *Edad de Oro* de la cultura española, porque en Teología, en Filosofía, en Derecho, en Bellas Artes y en otras disciplinas, sobresalieron los ingenios españoles. Sólo un catálogo de los más notables llenaría muchas páginas. Baste decir que fueron españoles los teólogos que llevaron el peso de las discusiones del Concilio de Trento, que vino a asentar los principios y la disciplina del Catolicismo. Entre los filósofos es suficiente nombrar a Luis Vives, renovador de los estudios, amigo y corresponsal de Erasmo y autor de muchos estudios, en los cuales modernamente se han señalado los antecedentes de nuevas tendencias filosóficas, y a Suárez, cuyas doctrinas han corrido por el mundo y que han merecido un fundamental estudio de Werner.

En la vida del pensamiento, en el aspecto especulativo, trae España los sistemas que Menéndez Pelayo llama *Senequismo*, de Séneca, que trasforma el estoicismo clásico y le convierte en el puente del cristianismo y sigue influyendo en el pensamiento por medio de sus comentadores y apologistas hasta nuestros días. (Los tratados y estudios alemanes y franceses sobre Séneca son numerosos); el *averroísmo* y el *maimonismo*, derivado de las obras de Averroes y Maimónides y sus discípulos; el *Lulismo*, de Raimundo Lulio, que tiende a reducir las antinomias y quiso identificar la lógica y la metafísica, fundando una especie de realismo racional; el *Vivismo*, de Vives, o filosofía crítica que coloca frente al principio de autoridad el de la razón, proclama la necesidad de la experiencia y de las observaciones y traza un método de renovación de los conocimientos humanos; el *Suarismo*, del P. Suárez, con su sistema completo de Filosofía, que no es el escolasticismo o el tomismo, sino una derivación o superación del mismo, muy española; doctrina dentro de la más pura ortodoxia católica, que ha tenido y tiene todavía numerosos partidarios, principalmente en la Compañía de Jesús.

Hay que advertir que durante el siglo XVI el Imperio español se extendió a gran parte de Europa y suscitó por esto una gran oposición, que abarcó no sólo al campo polí-

tico, sino al de las ideas y dió lugar a que se formara un frente antiespañol en religión, en historia, en filosofía, en literatura y en todas las manifestaciones de la cultura.

De entonces nacen los primeros ataques a España y las primeras negaciones del valor y de la significación de ésta en el mundo. Sobre todo, después del Concilio de Trento, convertida España en cabeza directora y en brazo poderoso de la Contrarreforma, tiene que sufrir las envestidas de los adversarios y se encuentra en cierto modo aislada en un mundo de enemigos, que aprovechan todas las ocasiones y todas las ideas para hacer política contra España.

Sin embargo, dentro del campo de su influencia sigue trabajando y llega en el desarrollo de su arte y su ciencia a conseguir obras de gran valor, no sólo en el aspecto religioso y filosófico, sino en otros campos más o menos alejados de estas controversias.

En el reinado de los Reyes Católicos fundó el Cardenal Cisneros la Universidad de Alcalá y bajo sus auspicios y con la colaboración de eminentes filólogos, unos españoles, otros griegos y otros judíos conversos, se publicó la primera *Biblia Políglota*, impresa en Alcalá. También fué obra española, cincuenta años más tarde, la edición de la *Biblia Políglota de Amberes*, hecha bajo la dirección de Arias Montano. Estos trabajos presuponen una previa formación humanística y un florecimiento de estos estudios.

Nebrija, nuestro gran filólogo, que intervino en la *Políglota Complutense*, fué quien comenzó en España a enseñar y propagar el estudio racional de las disciplinas clásicas, y a él y a sus discípulos, numerosos y muy expertos, se debió, principalmente, la formación de una generación de humanistas.

Este fondo humanista y un conocimiento profundo de las letras griegas y latinas, sobre todo de estas últimas, da valor y vida a la literatura española de los siglos XV, XVI y XVII, y de esta levadura clásica y de la imitación decidida y programática de sus modelos, se deriva en el siglo XVII todo el barroquismo de conceptistas y culteranos españoles, si bien el genio nacional y la tenden-

cia realista de los escritores patrios, se levantan sobre todas las imitaciones, que les sirven de instrumento y de forma, para crear una literatura originalísima, como la novela picaresca, como el asombroso teatro de Lope, como la poesía de Góngora, como la genial y eterna concepción de Don Quijote de la Mancha.

De las artes plásticas, pintura, escultura, etc., nunca hubo cuestión, porque su gloria y esplendor son universales.

Es indudable que cuando el pensamiento europeo empieza a sacar las consecuencias de los principios apuntados y defendidos por Luis Vives, España, ocupada y preocupada por problemas de orden religioso y por empresas de otro carácter, de las que dependía su existencia, no participó, como hubiera podido y con la intensidad suficiente, para teñir con un matiz hispano las nuevas direcciones de la cultura. El *peripatetismo clásico*, el *ramismo antiaristotélico*, el *onto-psicologismo* de Fox Morcillo y el *cartesianismo*, anterior a Descartes, de Gómez Pereira y otros sistemas que estaban en germen en la filosofía de Luis Vives, no se desarrollaron con la necesaria amplitud en España y fueron pensadores extranjeros los que completaron nuestros sistemas. La especulación metafísica requiere una paz y una tranquilidad de ánimo de que España estaba muy alejada en el siglo XVII.

Fernando el Católico y su esposa Isabel habían, con una gran previsión política, echado las bases y puesto en marcha los antecedentes que pudieran libertad a su reino de las asechanzas de sus enemigos; el tiempo dió la razón a las previsiones y a la política que Fernando heredara de la Casa de Aragón, antagonista de Francia y a ello se debió que, bajo las coronas de su nieto Carlos V, el Emperador de Alemania y Rey de España, y del hijo de éste, Felipe II, se pudiera decir del Imperio español que en su extensión inmensa *no se ponía el sol.*

La grandeza de este imperio, para ser mantenida, necesitaba una vigilancia y una capacidad en las cabezas directoras que no era fácil se mantuviese durante siglos, si además se conjuraban contra ellas por varios motivos,

otras naciones y otras capacidades políticas. El lastimoso final de la monarquía austríaca, con Carlos II y el advenimiento al trono español de la dinastía francesa, cambiaron la dirección y los ideales de la tradición hispánica, y se encuentra España entonces en una difícil encrucijada entre dos culturas que no se compenetran, que no aciertan a soldarse.

Si en el siglo XVII Saavedra Fajardo, Campanella y Quevedo defienden el sentido y el valor de la cultura española contra las acusaciones e injurias de Mureto, Scalígero, Mercator, en la centuria siguiente, introducido y dominante en España el Enciclopedismo a través de la influencia francesa, ya no son solamente los extranjeros, son también algunos españoles los que escriben contra la tradición española. En realidad, en estas discusiones se confundían varias cosas.

Había en la vieja cultura tradicional algo llamado a desaparecer; pero los defensores de las novedades envolvían en sus ataques, con una generalización superficial, lo bueno y lo malo, y los defensores de la tradición, en sus censuras apasionadas, no separaban las cuestiones puramente políticas de las de tradición y cultura.

Desde entonces el ardor político se apodera de las plumas más doctas y la historia y el juicio del pasado se convierten en un arma política. Cavanilles, Denina y Forner en su *Apología por España y su mérito literario*, salen en defensa de la cultura española, cuando la Enciclopedia estampa aquel juicio tan injusto y depresivo para España. Estos escritos, y sobre todo el de Forner, hombre violento y mordaz, suscitaron una verdadera nube de disputas. No se hizo el silencio y la paz entre los españoles, que cada vez más divididos políticamente y en guerra de armas, ya no de plumas, sostuvieron luchas sangrientas en torno a las ideas tradicionales y liberales.

Ya bien entrado el siglo XIX volvió a encenderse la vieja polémica con ocasión de un artículo publicado por un discípulo de Krause, cuya filosofía, ya olvidada en Alemania, se había puesto en moda en España, convirtiéndose en

bandera del liberalismo progresista. En este artículo venía a reproducirse la acusación de la Enciclopedia; pero ahora el vindicador de nuestra ciencia no se contenta con discursos más o menos eruditos. Era éste un joven de clarísimo talento, que se llamaba Marcelino Menéndez Pelayo. Su refutación en defensa de la cultura española y de su influencia en la cultura universal, formó primero un pequeño volumen, que fué creciendo con nuevas aportaciones y estudios, y en la edición 4.ª llena dos gruesos tomos, con un total de un millar de páginas. Con espíritu tranquilo y objetivo y con gran erudición, examina el problema de *La Ciencia Española;* éste es el título del libro, que trae, además, interesantísimo inventario bibliográfico, en el cual se anotan cronológicamente y en una clasificación por materias, las obras escritas en España hasta el siglo XIX. Este inventario, incompleto, se ha ido completando y se ha ido aumentando considerablemente en los últimos años por los discípulos y continuadores de la obra de Menéndez Pelayo, que han sido y son cuantos se ocuparon y ocupan en España y en otras naciones, de los estudios históricos referentes a la cultura española. Como muestra de cómo está hecho y de lo que comprende este Inventario, analizaremos la parte correspondiente a la *Filosofía*, la materia más discutida y regateada al ingenio español.

Del siglo I de la Era Cristiana apunta a Séneca en sus *Quaestiones naturales* y en las *Epístolas a Lucilio*. De Quintiliano anota los libros *de Institutione oratoria*, como un ensayo de la filosofía del arte.

Del siglo IV cita la traducción del *Timeo*, de Platón, hecha a ruegos de Osio, obispo español, a los priscilianistas, y los *Poemas filosóficos* de Prudencio.

Del siglo V, el *Moesta Mundi*, de Orosio, verdadera filosofía de la Historia.

Del siglo VII, San Isidoro y Tajón, que en sus *Sentencias* sistematizó, por vez primera, la ciencia escolástica.

En el IX comprende a Galindo, impugnador del panteísmo de Escoto Erígena: *De divisione naturae.*

Desde el siglo X al XV examina la producción filosófica

arábigo-hispana y judaico-hispana; la influencia en las escuelas cristianas y en los primeros escolásticos peninsulares, entre los cuales incluye, con gran detalle de sus obras, a Lulio.

Tiene otro apartado para los escolásticos de los siglo XIV y XV y de los pensadores independientes en este período, como Sabunde y Fernando de Córdoba.

Sigue una enumeración de los escolásticos de los primeros años del XVI. Dedica sección aparte al *Averroísmo* italiano y al *Aristotelismo* alejandrino, helenista o clásico.

Comprende luego el examen de la tendencia antiaristotélica: el *ramismo* de Pedro Ramus. Viene luego el *platonismo* y *neoplatonismo*, con los traductores y comentaristas. Después los pensadores independientes: *Vivismo*, de Luis Vives.

Anota las producciones de la escuela *Luliana*, de Raimundo Lulio, y de su influencia fuera de España.

Recopila la bibliografía del *Peripatetismo* escolástico: tomistas puros, disidentes, escotistas e independientes y los rabínicos de los siglos XVI y XVII.

Recapitula la bibliografía de la decadencia del escolasticismo en el siglo XVIII.

Los innovadores filosóficos en España (gassendistas, cartesianos, empíricos, sensualistas, wolfianos, eclécticos), y termina con el grupo dedicado a los impugnadores del Enciclopedismo.

Creo que este rápido y compendiado resumen del contenido del apartado filosófico del Inventario de la Ciencia Española, tendrá más importancia que cuantas reflexiones y exposiciones pudiera yo hacer con objeto de dar a conocer su valor científico.

Téngase en cuenta que la Filosofía, a partir del siglo XVIII, ha sido muy poco cultivada en España y que no entran en el *Inventario* de Menéndez Pelayo las aportaciones de España a estas disciplinas en el siglo XIX, aunque es necesario decir aquí que, habiendo sido éste el siglo del liberalismo, de nada ha servido la libertad de pensar y escribir de que se ha gozado, porque la producción ha sido de muy poca importancia.

Veinte años después de haberse publicado *La Ciencia Española*, volvió Menéndez Pelayo a tratar el tema en un ensayo, al hacer la crítica de un discurso académico sobre *La cultura científica española* en el siglo XVI. Con gran ecuanimidad estudia en esta crítica el problema de la ciencia española. Hace resaltar en ella las aportaciones indudables de nuestros sabios a la cultura del mundo, pero señala también las lagunas que en el cultivo de las ciencias en España se notan y condensa así su pensamiento: «De la historia de la ciencia española, aun conocida de la manera incompleta que hoy la conocemos, se deduce una consecuencia de las más extrañas e inesperadas para los que persisten en el falso y romántico concepto que tradicionalmente se tiene de nuestro pueblo. En este país de idealistas, de místicos, de caballeros andantes, lo que ha florecido siempre con más pujanza no es la ciencia pura (de las exactas y naturales hablo), sino sus aplicaciones prácticas, y en cierto modo utilitarias. Lo que más ha faltado a nuestra ciencia en los tiempos modernos es desinterés científico. Libri tiene razón en decir que la única gloria que Dios ha negado a España hasta la hora presente, es la de producir un gran geómetra, y tiene razón, si por gran geómetra se entiende, como debe entenderse, un émulo de Euclides, de Leibnitz o de Newton. Pero, en cambio, abundan, y son de mérito indisputable, los científicos, que pudiéramos llamar *útiles*, en el sentido en que lo útil se contrapone, no sólo a lo bello, sino a la pura ciencia. Nuestros más eminentes astrónomos, aun en los tiempos modernos, son astrónomos náuticos: Ulloa, Jorge Juan, Galiano, Mendoza Ríos, Ferrer, Ciscar, Sánchez Cerquero. Los más positivos servicios de nuestros matemáticos del siglo pasado son el *Examen marítimo;* es decir, una aplicación de la Mecánica Racional a los progresos del arte de la construcción naval; y la Cinemática Industrial, es decir, otra ciencia aplicada a la composición de las máquinas. Nuestros grandes botánicos, sin exceptuar al mismo Rojas Clemente, que tuvo tan altas ideas de filosofía natural, prefieren el estudio de la Ceres al de la Flora, las plantas útiles a las plantas bellas, y tanto

o más que la botánica pura, cultivan la geopónica. Hemos tenido metalurgistas más bien que químicos propiamente dichos; si don Fausto Elhuyar descubrió el tungsteno y don Andrés del Río el vanadio, fué en los laboratorios de una escuela de Minería. El nombre más celebrado entre nuestros físicos, el de Salvá, es el de un electricista. Y así en todo, para no hacer interminable esta enumeración.»

Indudablemente, en los últimos años del siglo XIX y en lo que va del XX, en España se había realizado un esfuerzo grande en el campo de la cultura. Cuando empezábamos a recoger los frutos de la labor científica nacional, cuyo impulso más poderoso se debió a las enseñanzas de Menéndez Pelayo, a las que hasta sus enemigos de ideología aportaban también valiosa cooperación, esta guerra, que fundamentalmente es una guerra contra la cultura y la tradición, desencadenada y sostenida por la barbarie roja, que se ha ensañado con la civilización cristiana de occidente, ha paralizado su impulso, siquiera sea temporalmente. Esperamos que los nuevos días que ya amanecen redoblen nuestros ímpetus, y que, cancelando definitivamente el enervador influjo de la política del pasado siglo, vuelvan para España días de paz y de gloria científica.

† MIGUEL ARTIGAS.